

Lo intersubjetivo, lo inconciente y la clínica psicoanalítica.

Miguel Alejo Spivacow
miguelspi@fibertel.com.ar

Muchas cuestiones relacionadas con *lo intersubjetivo* de la vida psíquica son motivo de controversias en el psicoanálisis actual, fundamentalmente cómo participan los otros en el funcionamiento psíquico de un sujeto. Tomando como ejemplo una problemática adolescente, se discute qué peso otorgar a las determinaciones internas en el/la joven, cuál a las conductas de los padres en relación al hijo/a, cómo se piensa lo que produce la familia o algún vínculo particular, cuánto importa lo que proviene de la sociedad y de la cultura. Otro gran ámbito de controversias se refiere a los abordajes clínicos que se proponen en función de lo anterior: cuándo se indican tratamientos individuales, de familia, de pareja, de grupo, qué combinación de dispositivos, por qué. En el caso de nuestro hipotético adolescente, ningún psicoanalista dudaría de la importancia de lo intrasubjetivo operante en el/la joven pero ¿qué importancia darle al psiquismo de los padres, a la cultura, al espacio psíquico que constituye la familia en su conjunto o a algún vínculo particular? Aquí las opiniones están divididas.

La cuestión tiene antecedentes en la historia del psicoanálisis: se ha propuesto que el fracaso de Freud con Dora tuvo relación con la desconsideración de dinámicas familiares en la comprensión de su problemática. Y no solo antecedentes sino una gran actualidad: es una discusión de nuestros días –2008– la opción entre tratamientos individuales y vinculares. De hecho, los tratamientos de familia se han constituido en un recurso insustituible, aunque no exista una explicación teórica aceptada de por qué esto es así.

El psiquismo es un sistema abierto

La subjetividad es un sistema abierto algunos de cuyos funcionamientos se dan en un continuum con el otro, los otros, el Otro, el exterior. Si aceptamos pensar al psiquismo como una banda de Moebius (Lacan), esto implica como consecuencia que aunque todo lo psíquico es intrapsíquico –obsérvese esta complejidad– el psiquismo no es única, exclusiva y totalmente “intra”personal o intrasubjetivo. Si todo lo psíquico, en tanto pertenece al psiquismo, es por lógica “intrapsíquico”, es necesario advertir que el psiquismo es una moneda de dos caras: la cara intrasubjetiva y la cara intersubjetiva, entendiendo lo “subjetivo” como lo relativo al individuo en tanto entidad delimitable, aislable de su contexto actual. Entonces: el psiquismo de un sujeto incluye productos que también pertenecen al mundo exterior, llámense madre, cultura, partenaire de la pareja o progenitor. Si lo “intrasubjetivo” es aquello posible de ser separado de estos otros y aislable del contexto actual, lo “intersubjetivo” es aquello que existe en virtud de este contexto y que no pertenece con exclusividad al sujeto.

Lo intersubjetivo no disminuye la fuerza de los funcionamientos intrasubjetivos, ni tampoco vale la viceversa: un aspecto de la vida psíquica no se contrapone al otro. En lo psíquico hay espacios de diferente permeabilidad a lo exterior, tal que en algunos la interinfluencia del contexto intersubjetivo tiende a ser mínima y en otros tiende a ser máxima.

Ahora bien, aunque el psiquismo es abierto y no está aislado, no por eso es grupal ni colectivo. Es singular a cada sujeto y al mismo tiempo incluye al otro/Otro, es decir que en algunos procesamiento el otro/Otro forma parte del funcionamiento psíquico del sujeto.

El sujeto incluye producciones psíquicas “de” otro/Otro

¿En qué sentido el psiquismo de un sujeto incluye producciones psíquicas “de” otro/Otro?

a.- La subjetividad incluye en su interior registros que mantienen un carácter de cuerpos extraños, producciones del otro poco transformadas por los procesos de internalización. Estos registros extranjeros y propios cumplen con los requisitos de lo que Freud llamó representaciones y Lacan significantes, en tanto constituyen unidades de funcionamiento psíquico con las que opera el aparato psíquico del sujeto considerado. Puede decirse: representaciones y/o significantes extranjeros, pero que tienen eficacia.

Lo descrito en el párrafo anterior es fácilmente observable en la infancia: la madre –ese gran otro, representante por excelencia del Otro– es un ente exterior, tal como Freud lo describe, pero también el psiquismo materno constituye “incrustaciones” en el psiquismo del niño. Estas son en parte distorsionadas por los procesos de internalización del niño –por ende no son exclusivamente productos psíquicos *de* la madre–, pero no se avienen a una internalización cumplida en el psiquismo del niño –por ende no son únicamente interiores al niño. Tienen el carácter intermedio de “cuerpos extraños”, “astillas subcutáneas”, y funcionan con una lógica no contemplada en la obra de Freud. Se trata de una lógica emparentada con la que Lacan propone con la Banda de Moebius y también emparentada con la conocida frase que afirma que el chico funciona con las representaciones que le prestan los adultos. Estos funcionamientos, en que los productos de un otro están incluidos en la subjetividad del sujeto, no desaparecen con la madurez.

La propuesta lacaniana de que el inconciente es el discurso del Otro se superpone en parte con lo afirmado. Lacan, en efecto, en sus primeros tiempos fue sensible a la importancia de lo intersubjetivo, pero luego modificó su posición. Evans (pag. 115) relata así este viraje: “ Cuando Lacan, en 1953, comienza a analizar en detalle la función de la palabra en psicoanálisis, subraya que la palabra es esencialmente un proceso intersubjetivo [...]. De modo que, en ese momento de la obra de Lacan, el término intersubjetividad tiene valor positivo [...]. pero en 1960 este término adquiere una connotación negativa para Lacan. Es entonces asociado, no con la palabra como tal, sino con las nociones de reciprocidad y simetría que caracterizan la relación dual, es asociado con lo imaginario y no con lo simbólico.” Tomando las palabras de Evans puede decirse que la posición que se plantea en esta comunicación se acerca al Lacan de 1953 y se aleja del de 1960.

b.- Este otro –prójimo, interlocutor, semejante–, algunas de cuyas producciones se incluyen en el psiquismo del sujeto como astillas subcutáneas, es a la vez otro y Otro, entendiendo al Otro con mayúscula como el ámbito de los códigos y el lenguaje en el que habita el otro. Un otro no es un prójimo en la estratósfera cuando se tiene con él un intercambio humano y menos aún cuando con él se establece lo que llamamos un

vínculo. Es un sujeto incluido en una cultura, un portador de códigos particulares, imbuido en cierto lenguaje.

Esta doble faz de un otro salta a primer plano en muchas situaciones clínicas. La clínica de la alienación que trabajó P. Aulagnier (1979) es una ejemplificación de esto. Cuando un sujeto decide pensarse a sí mismo desde representaciones parasitariamente tomadas de un otro –es decir no pensarse–, este otro es al mismo tiempo un portavoz de una cultura, códigos y valores en relación a un Otro.

Los funcionamientos psíquicos tienen una doble determinación: intrasubjetiva e intersubjetiva

Así como Freud estudió y describió la determinación intrasubjetiva de los funcionamientos psíquicos, la clínica psicoanalítica debe hoy incluir otro ámbito de determinación del psiquismo: lo intersubjetivo.

En los vínculos humanos hay funcionamientos organizados y sostenidos por inhibiciones y facilitaciones presentes en la trama de investiduras que unen a los sujetos. Son ensambles inconcientes –Kaës las llama alianzas– que pautan las posiciones de los sujetos, cada posición sosteniendo a la otra. Establecen los carriles habituales para la interacción y son, en lo intersubjetivo, los elementos estructurantes de lo permitido y lo prohibido de modo tal que organizan las investiduras y al mismo tiempo pautan los intercambios posibles. Configuran en lo intersubjetivo el correlato de la represión o sea lo que no puede entrar en el intercambio conciente. Entre los mecanismos de defensa intrasubjetivos, por un lado, y los ensambles inconcientes por el otro, existe una sobredeterminación recíproca.

Los ensambles inconcientes son articulaciones entre los sujetos cuya organización, tal como ocurre en la anatomía, deciden las posibles posiciones de los miembros en cuestión. Al considerar un funcionamiento desde la perspectiva del ensamble inc. el sujeto es considerado como la falange de un dedo en relación a otra: ambas se determinan recíprocamente en la posición que adoptan y así se determina qué entra y qué no entra en la órbita de acciones de ambas falanges articuladas, es decir qué cabe a su funcionamiento y qué no.

Repitiendo, entonces, hay funcionamientos de un sujeto que pueden sólo ser entendidos por la articulación de su psiquismo con otro sujeto, articulaciones que en este texto se denominan ensambles inconcientes. Estos ensambles deciden tanto lo que en la interacción circula por lo conciente/preconciente como lo que debe ser excluido del ámbito de la interacción, lo denegado.

En efecto, en una relación interpersonal, cuando esta cumple con las condiciones de lo que definimos como vínculo, deben quedar afuera de la interacción conciente preconciente, ciertos contenidos que de otra manera amenazan la homeostasis narcisista de los sujetos interrelacionados e impiden de esta manera la continuidad de la relación.

Los contenidos y representaciones que quedan excluidos del intercambio intersubjetivo suelen también, en lo intrasubjetivo, ser desalojados de lo conciente –preconciente por procesos de represión, desmentida o forclusión. Pero el desalojo en lo intersubjetivo no se corresponde punto a punto con el desalojo en lo intrasubjetivo.

R. Kaës denomina a este proceso *pacto denegativo* y dice (pags. 115-116): “Este acuerdo inconciente sobre lo inconciente es impuesto o consumado mutuamente para que el vínculo se organice y se mantenga en su complementariedad de interés, para que se garantice la continuidad de las investiduras...”.

Lo intersubjetivo y lo inconciente

¿Qué agrega en cuanto a la teorización de lo inconciente lo desarrollado en párrafos anteriores?

Lo inconciente, al igual que la subjetividad, constituye un espacio heterogéneo, a la vez abierto y cerrado, pero no constituye una cápsula hermética. En lo inconciente, entonces, de acuerdo a la opinión que sustentamos, junto a los procesamientos que, tal como Freud describe, tienen tendencia a la repetición y a la retroalimentación autónoma, están los que son abiertos y se producen en articulación con el otro/Otro de la actualidad. Coexisten en lo inconciente diferentes grados de apertura, lo que da origen a diferentes formas de funcionamiento. Hay modos relativamente cerrados, refractarios a la influencia actual del otro junto a modos de funcionamiento abierto en que funciona como un espacio abierto al exterior. Si existen funcionamientos de lo inconciente que podemos llamar atemporales, también están aquellos en que el tiempo afecta y modifica los funcionamientos. Solo sobre esta base se pueden entender los efectos de un tratamiento en cuanto a modificaciones psíquicas, tanto preconcientes como inconcientes.

La representación inconciente es bipolar. Así como un químico trabaja con materiales compuestos y complejos que en un análisis microscópico corresponden a los compuestos simples que Mendeleiev aísla en su tabla, si seguimos a Freud cabe decir que un analista trabaja con sistemas representacionales complejos que conforman organizaciones de representaciones simples. El modo en que teorizamos la estructura de las unidades psíquicas elementales tiene importancia porque se refleja en la intervención y en la interpretación y de hecho, ha sido y es materia de controversias. Mientras Freud la teoriza en términos de representaciones de cosa y de palabra, Lacan propone la noción de significante.

La consideración de lo intersubjetivo lleva a proponer que la estructura íntima de la representación inconciente es bipolar, o sea que debe considerársela como un constructo de dos caras, una interna y otra externa. Entre ambas caras rige la lógica que une al otro con el Otro, la misma que nos lleva a decir que no hay otro sin Otro; es la lógica que permite pensar un hecho de palabra como un producto a la vez intra e intersubjetivo cuya estructura tiene, como el psiquismo, la forma de la banda de Moebius.

La representación inconciente, entonces, cuando no está dañada, tiene una estructura bipolar. Obsérvese que no se afirma que una representación abarca dos psiquismos. No. Lo que sí se dice es que en un psiquismo íntegro, es decir no afectado por el déficit, la regresión ni la destrucción, la representación inconciente es bipolar. Esto significa que incluye dos polos, lo que puede relacionarse con la génesis intersubjetiva de las representaciones. Beebe y Lachmann (1988, pag 305), en esta sintonía, sugieren que las más tempranas representaciones constituyen "...un fenómeno diádico emergente, estructuras de la interacción, que no pueden ser descriptas sobre la base de uno solo de sus participantes."

La cualidad bipolar asignada a la representación se aplica también al significante, si en vez de pensar al psiquismo en términos de representaciones se lo piensa sobre la base de significantes. El sujeto toma los significantes del Otro, pero éste

es mediado en lo habitual por un otro, dejando ambos dos su marca en el significante. En este proceso no debe olvidarse la impronta que el sujeto confiere al significante, ya que en psicoanálisis no puede pensarse al significante por fuera de la metabolización que de él hace el sujeto.

Lo inconciente es un espacio psíquico exterior e interior, superficial y profundo, revelado y neo-producido, ectópico y politópico. Si el inconciente es exterior e interior, es también superficial y profundo, ectópico, ya que en parte está fuera del aparato psíquico freudiano y politópico, ya que está en varios lugares al mismo tiempo. También surge en ocasiones de un capital psíquico preexistente o sea que, tal como se emplea la palabra en fotografía, se “revela”, aparece en positivo un existente previo que estaba en otro estado, mientras que en otras circunstancias aparece como una neoproducción, que no registra existencia previa en la subjetividad. En este último caso, es producido por algo del funcionamiento actual, ya sea como producto de la interacción con otro o con uno mismo.

El caso Dora

Hace más de cien años, Freud tuvo la valentía de publicar un fragmento de tratamiento que él mismo consideró un fracaso terapéutico. Muchos analistas han retomado problemas de aquel caso tratado por once semanas y propusieron razones para pensar por qué Freud no curó a Dora. Freud mismo señaló sus errores en el manejo de la transferencia. Dora era una adolescente de 18 años que presentaba tos compulsiva, migrañas, afonía, tendencias suicidas y convulsiones. Es enviada a tratamiento por el padre, a quien Dora obstaculiza en una relación extramatrimonial.

Junto a muchas cuestiones que sobre este caso se han comentado y sin el ánimo de descubrir la solución salvadora que nadie encontró, desde nuestra óptica, vale la pena reconsiderar el contexto intersubjetivo de la paciente: el tratamiento que Freud intentó llevar a cabo era un recurso más de un padre que, en aras de sostener una relación amorosa con la Sra. K. , no vacilaba en ofrecer a su hija en sacrificio, como mercancía en trueque.

Dice E. Roudinesco (pag. 146): “Ida Bauer [era] ... explotada por una familia que no merecía ninguna indulgencia. [...] un marido débil e hipócrita, P. Bauer, engaña a su mujer, ama de casa rígida y estúpida, con la esposa de uno de sus amigos (la Sra K). El Sr. K. le echa el ojo a la hija de su rival, de 13 años y medio, la acosa y le roba un beso a la fuerza... Horrorizada, la niña lo abofetea y cuenta el episodio a su madre, a fin de que lo transmitiera a su padre. Todo termina en un enredo en el que la niña no es cuidada ni defendida. La niña es enviada a tratamiento con Freud, quien aborda con crudeza la cuestión sexual, en ese momento central en sus investigaciones: le explica que en la infancia se había masturbado, que deseaba inconcientemente a su seductor y que éste era el sustituto del padre. Concluye Roudinesco: “Tardaría más de veinte años en reconocer su error... No solo protegió a dos figuras paternas aborrecibles, sino que desconoció la complicidad de las mujeres”.

Freud, a mi juicio, al carecer de la noción de ensamble inconciente y de pacto denegativo o sus equivalentes, no cuenta con herramientas teóricas para entender el contexto intersubjetivo de Dora, al margen de las limitaciones que pudiéramos encontrar en su captación de la mujer. No incluye adecuadamente en sus intervenciones cuestiones

relativas a la dinámica familiar, lo que para el padre debía ser reprimido y/o permanecer excluido y por fuera de la interacción familiar. No obstante ver (pag. 31) que el padre lo hace todo para su conveniencia, su trabajo clínico, es vivido por Dora como al servicio de intereses ajenos.

Lo intersubjetivo: un concepto necesario. Definiciones provisionales

Lo intersubjetivo –junto a lo intrasubjetivo– configura un par de opuestos/complementarios útil para diferenciar sucesos psíquicos, de la misma manera que otros ejes ordenadores, del tipo del principio de placer/ principio de realidad, o el principio de placer y el más allá del principio del placer en la obra de Freud y los registros de real, simbólico e imaginario en la obra de Lacan.

Como concepto nuevo, su introducción en la teoría es discutible y cabe preguntarse si está justificada. El principal argumento para distinguir lo intersubjetivo de lo intrasubjetivo arranca de problemas en el abordaje terapéutico: impasses, detenciones en el proceso de cambio psíquico. En efecto, con el encuadre freudiano son abordables muchas problemáticas (genéricamente las neurosis de transferencia) pero no son abordables aquellas en las que juega un papel principal lo intersubjetivo, por ejemplo algunas problemáticas adolescentes, o de niños, o del grupo familiar. El dispositivo freudiano aborda al sujeto separado del contexto intersubjetivo y aspira a que éste se presentifique en el espacio terapéutico ya sea por vía de la relación ya sea por vía de la transferencia con el analista, dependiendo una u otra manera de referirse a este tema del modo en que se define a la transferencia. En muchos de estos casos los dispositivos de grupo, familia, pareja, los llamados dispositivos vinculares, facilitan el abordaje clínico de funcionamientos psíquicos que no se despliegan en el dispositivo freudiano de una manera que permita el abordaje terapéutico.

Lo que en la bibliografía actual se entiende por “intersubjetivo”, más que un concepto preciso, constituye una órbita de problemas y abarca cuestiones disímiles. Los diferentes autores lo utilizan con distintas acepciones. En nuestro caso, la utilización del término aspira a señalar en primer lugar aquel aspecto de un funcionamiento psíquico que se produce en relación a los otros/otro del contexto intersubjetivo. La subjetividad o aparato psíquico constituye con este contexto una unidad de funcionamiento y en todo funcionamiento psíquico distinguimos una cara intrasubjetiva y una intersubjetiva. En esta primera acepción, lo intersubjetivo se refiere a lo mucho que el otro/Otro debe considerarse en un análisis.

Ahora bien, la consideración y análisis de lo intersubjetivo ha llevado jerarquizar en el suceso psíquico la importancia de los conjuntos plurisubjetivos como la familia, la pareja, los grupos y las instituciones y ha surgido un uso menos riguroso del término “intersubjetivo” producto de sucesivos deslizamientos, cuestionable por lo laxo pero sancionado por la costumbre. En esta segunda acepción, lo intersubjetivo abarca los funcionamientos psíquicos de un sujeto en relación a conjuntos plurisubjetivos tales como la familia, la pareja, los grupos y las instituciones en que éste funciona y aparece como equivalente de “grupal”. Esta segunda acepción lleva a autores como Kaës a propugnar por una teoría general del psicoanálisis que incluya tanto lo referido al psiquismo individual como conceptualizaciones y prácticas referidas a grupos, parejas, familias e instituciones. Debe observarse que implica diferencias con la posición de Freud en cuanto a lo que propone incluir en el campo de la clínica psicoanalítica.

Así las cosas, lo intersubjetivo es, en primer lugar, una evidencia clínica, un real que se impone y que está en la opción del teórico nominarlo y trabajarlo o bien considerarlo de un orden menor. La posición que en este texto se propone es la primera. Como ya se dijo, la diferenciación entre lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo es especialmente útil por los elementos que aporta en la práctica clínica para entender funcionamientos y para diseñar modos diferentes de intervención.

Lo intrasubjetivo es esa faceta de lo psíquico, esa cara de la moneda, que se rige prevalentemente por determinaciones interiores al sujeto. Las descripciones de Freud de la transferencia, teorizándola como un cliché infantil que tiende a desconocer la realidad del otro y de lo exterior, se refieren a lo intrasubjetivo de la transferencia. En lo intrasubjetivo, el otro y el mundo exterior son reducidos asintóticamente a la condición de objetos internos, no son procesados en su alteridad y autonomía; como diría Piera Aulagnier, en esta faceta de los procesos psíquicos “el deseo es poder” (1977), en tanto rige la omnipotencia de la fantasía. En esta dimensión, el psiquismo se aproxima al funcionamiento de un espacio cerrado.

Lo intersubjetivo, en cambio, es esa faceta de un funcionamiento psíquico en que éste es modificado por la influencia del otro/ otros actuales. Las descripciones de la transferencia como un funcionamiento sobredeterminado por la conducta del analista en sesión, dan cuenta de lo intersubjetivo de ésta (por ej. Stolorow, Atwood 1992). Es claro que lo intersubjetivo no coincide con lo conciente-preconciente y es en parte inconciente, así como también lo intrasubjetivo abarca diferentes instancias.

En un funcionamiento psíquico, qué es lo intrasubjetivo y qué es lo intersubjetivo es una pregunta a trabajar y hay entre ambas facetas del suceder psíquico una frontera móvil. Móvil porque lo que generan los estratos más intrasubjetivos del psiquismo no constituye un hecho inmutable: sus efectos dependen de lo que lo intersubjetivo activa aquí y ahora. Viceversa, tampoco es un hecho inmutable lo intersubjetivo, lo que el otro me produce: sus inducciones, por poner un ejemplo, dependen en mucho de lo intrasubjetivo. La evaluación de esta frontera tiene importantes consecuencias en la clínica y puede llevar a proponer que en un tratamiento, durante un cierto tiempo se realice una serie de sesiones en un dispositivo diferente del que se venía utilizando.

Las diferencias entre ambas dimensiones no son absolutas. Lo intrasubjetivo delimita en el psiquismo, sistema abierto y heterogéneo, un espacio con funcionamientos prevalentemente cerrados. Las características de un espacio no deben llamar a engaño respecto de las características del sistema en su totalidad: el psiquismo nunca funciona como un sistema totalmente cerrado. Una dimensión no existe sin la otra; se trata de dos facetas sin fronteras nítidas entre ellas; cada una recorta una parcialidad, permitiendo así un mejor entendimiento de algunos funcionamientos y, como ya se dijo, un mejor abordaje clínico.

Sobre la intervención analítica

El modo de concebir lo inconciente que se expone lleva a una concepción diferente del tratamiento analítico, sea cual fuere el dispositivo utilizado. Si el otro/Otro forma parte de la subjetividad y de lo inconciente del paciente, la intervención en la clínica psicoanalítica debe también referirse a entender las motivaciones del otro/Otro,

el impacto de éstas en el analizante, la multidireccionalidad que afecta al paciente. El otro, la trama vincular, el Otro son un constituyente de la subjetividad sobre la cual opera el análisis y el insight debe incluir una vertiente intersubjetiva referida al otro/Otro y al vínculo que lo une al sujeto, al entre-dos o al entre muchos que sin saberlo componen una melodía singular.

Pero la opinión expresada en el párrafo anterior no es universalmente aceptada. Un analista le interpretó a un paciente que él no entendía que su mujer estaba enojada con él y que, al no tener esto en cuenta, nunca iba a ser escuchado por ella, no obstante su necesidad de dialogar. En la discusión clínica que se suscitó hubo quién consideró que esta intervención era inapropiada porque la esposa no estaba en sesión y, por lo tanto, no se podía saber si ella estaba o no enojada. Lo único sobre lo que el analista podría interpretar, en esta postura es sobre el funcionamiento del paciente en el aquí y ahora de la situación clínica. Mi opinión es que este tipo de intervenciones son perfectamente pertinentes en un tratamiento individual en el cual el analista se maneje con un esquema de psiquismo abierto y considere que, en ciertos momentos, la unidad de funcionamiento psíquico que tiene delante no es un aparato psíquico aislado sino un vínculo que incluye a otro, vínculo del cual concurre a tratamiento un solo término. Para analizar adecuadamente a este polo, es necesario a veces producir conocimiento sobre el término ausente: si está o no enojado, qué pasa con su psiquismo. Esto no quita, por supuesto, que lo central de la cura analítica de un sujeto va a ser siempre el conocimiento de su realidad psíquica, no la de sus allegados.

Intersubjetividad y clínica psicoanalítica

Lo intersubjetivo constituye un eje de análisis adoptado por diferentes escuelas y autores contemporáneos pero con distintos vocabularios. Por supuesto junto a otros ejes de análisis, esto es lo que ocurre con analistas como Pichon Rivière, Winnicott o Piera Aulagnier, en cuya obra lo intersubjetivo es protagónico aunque utilizan otra terminología. El modelo de psiquismo en esta perspectiva es tal que los funcionamientos y la experiencia psíquica de los sujetos se consideran no solo en relación a lo que llamamos intrasubjetivo o mundo interno sino también en relación a las otras subjetividades.

Una concepción tal, si se es coherente, implica la utilización de dispositivos vinculares en algunas situaciones clínicas pero no implica de ninguna manera que un dispositivo vincular sea en principio más recomendable que el dispositivo mal llamado individual. Por el contrario, en una gran parte de los casos que concurren a un consultorio psicoanalítico standard, la indicación más conveniente es este dispositivo, siempre y cuando la intervención del analista, tenga en cuenta permanentemente, tanto lo intrasubjetivo como lo intersubjetivo. Lo que más interesa señalar es que el reconocimiento de la intersubjetividad tiene fuertes implicancias en la clínica, en especial en los tratamientos con niños, adolescentes, pacientes regresivos, problemas de familia y de pareja. En realidad, y volviendo al comienzo, lo que corresponde decir es que han sido problemas y desarrollos en estas clínicas los que han llevado a las conceptualizaciones que se agrupan alrededor de la cuestión de lo intersubjetivo.

Cuando los analistas discuten la cuestión de lo intersubjetivo, empieza a dominar el horizonte un conjunto de opciones, que hacen a la implicación del analista y su ideología respecto de lo social y la vida en general. Lacan habló del efecto obsceno del grupo y, para muchos de sus discípulos la intersubjetividad terminó siendo una

maldición de la que hay que rescatarse, librarse de las redes imaginarias en que nos captura y aliena. Mi opinión es que ésta posición plantea un aspecto parcial del problema y presenta el riesgo del individualismo insensato.

Lo intersubjetivo es una dimensión de la vida psíquica cuyo conocimiento potencia las posibilidades de discriminación y autenticidad de los sujetos, así como sus potencialidades de funcionamiento en lo social. En todos los tratamientos analíticos aparecen situaciones clínicas en las que una cuestión central radica en la manera válida de tomar decisiones en un grupo, en una pareja y en una familia. No se trata de someter a los individuos a un conjunto, oprimir nada de lo que Winnicott llama self propio. Pero tampoco se puede desconocer que el crecimiento mental individual incluye cierta madurez en la interacción social y que las problemáticas de la relación entre el individuo y el grupo, la participación en lo social, las dificultades que plantean el gobierno de la sociedad y la familia, la democracia y el ejercicio del poder empiezan en los pequeños grupos, la familia y la pareja. La obscenidad es un peligro en un funcionamiento grupal pero no se resuelve repudiando o negando la grupalidad inherente a la vida humana.

Desde las más diversas concepciones, cercanas o lejanas a la terminología aquí empleada, se afirma en psicoanálisis una manera de pensar al psiquismo en que lo intersubjetivo, ocupa un lugar central:

“La vida psíquica está inmersa en el mundo del otro, en el mundo de aquellos a quienes estamos ligados por el lenguaje, por nuestros fantasmas y nuestros afectos. Nuestro psiquismo prolonga necesariamente el psiquismo de ese otro con quien estamos relacionados.” (J. D. Nasio, El placer de leer a Freud. Pags 51- 52).

Mayo de 2008

Descriptores

Intersubjetividad

Inconciente

Clínica

Otro

Dora

BIBLIOGRAFÍA

Aulagnier P (1975). *La violencia de la interpretación*. Editorial Amorrortu. Bs. As. 1977.

----- (1979) *Los destinos del placer*. Ed. Petrel. Barcelona. 1980.

Beebe y Lachmann (1988) The contribution of mother -infant mutual influence to the origins of self and object representations. *Psychoanalytic Psychology* 5:305 - 337

Bleichmar H. (1997) *Avances en Psicoterapia psicoanalítica*. Edit Paidós. Barcelona 1997

Evans D. (1996) *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Edit Paidós. Buenos Aires. 1997.

- Freud S. (1905) *Fragmento del análisis de una histeria (Dora)*
----- (1912) *Dinámica de la transferencia.*
----- (1915) *Lo inconciente.*
- Hornstein L. *Intersubjetividad.*
(1989) *Configuraciones vinculares y su relación con el inconciente.* Ficha.
- Kaës R. (1999) *Teorías psicoanalíticas del grupo.* Amorroutu Editores. Buenos Aires.
----- (1999) Rev. AAPP, tomo XXII. N°2 1999.
- Lemaire J. (1979) *La pareja humana.* F.C.E. México. 1986.
- Nasio J-D (1999) *El placer de leer a Freud.* Gedisa Editorial. Barcelona.
(1994) *El inconciente es un nudo entre analista y paciente.* Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Paz R. (2008) *Cuestiones disputadas.*
- Pérez T. Aurora. (1996) Pareja conyugal. Rev. Zona Erógena. Año 1996-7, N°32.
- Roudinesco E. (2002) *La familia en desorden.* F.C.E. de Argentina. Buenos Aires. 2003
- Stolorow R. y Atwood G. (1992) *Contexts of being. The intersubjective foundations of pshychological life.* The analytic press. Londres.